

**NO  
ME  
ASUSTA  
EL  
FRIO**



Esto parece decir la joven actriz inglesa Claire Gordon, con este sombrero-verdugo-disfraz de gato que no deja asomar más que los ojos y un trozo de flequillo y que, además de acorazar a su portadora contra toda clase de hielos y vientos invernales, tiene la ventaja de no estropear el peinado.

Así lo asegura su creadora, Martha Hill, y así estamos dispuestas a creerlo. ¿Pero estaremos igualmente dispuestas a adoptarlo? Eso ya no se puede asegurar, porque el modelito, si es práctico, no es precisamente discreto. Y las mujeres, por mucho que se diga, no somos tan amigas de la extravagancia.

Si tiene usted un espíritu inquieto, curioso, interesado por las cosas y las personas que la rodean, observe, con algún detenimiento, los movimientos de las manos de sus amigos. Ellas le dirán muchas cosas acerca de su carácter y sus intenciones...



SE FROTA LAS MANOS CUANDO HABLA, CON GESTO CAUTELOSO: Desconfía de esta persona: trata de convenirla y beneficiarse en algún sentido.



TIENE SIEMPRE UN OBJETO ENTRE LAS MANOS Y MORDISQUEA SU LAPIZ: Nerviosa, temperamento inquieto, iniciativa. Le hace feliz la actividad.

## EL PUNTO JUSTO

**E**N lo que a la mujer se refiere, estamos en una época "puente". Ya no se nos pide que pasemos el día entero tras los virillos del mirador, haciendo fil-tiré, pero tampoco se nos acepta con naturalidad que vayamos al teatro solas por la noche y que, a la salida, nos sentemos en una terraza a tomar una naranjada y el fresco. Se nos llama ridículas si lloramos fácilmente y poco femeninas si lanzamos bien una jabalina o presenciamos una operación quirúrgica sin que se nos cante un rizo. "¡Es una antigua!", nos dicen si nos ruborizamos al oír un chiste de legionarios. "¡Es una emancipada!", si nos vamos de vacaciones al extranjero sin más compañía que un macuto. Y como no nos gusta que nos llamen ni una cosa ni otra —sobre todo lo último, por el acento lleno de escalofrantes sobreentendidos que se pone al decirlo—, tratamos de hacer ese tan difícil que es dar con el justo medio. Porque mientras un hombre puede pasarse bien sin encontrarlo, nosotras no. A la mujer se le afea de un modo terrible todo lo que pueda oler a extremo y se gastan toneladas de tinta y papel para escribir consejos destinados a nuestro exclusivo uso, a fin de que hallemos ese punto sutil de armonía y perfección que nos llevará a ser "como se debe".

"Una mujer que no está al día, que no se interesa por el trabajo de su marido, que sólo habla de vestidos y problemas domésticos, acabará por aburrirlo", dicen los entendidos.

Aterradas ante esa tremenda posibilidad, leemos todos los periódicos, escuchamos los boletines informativos, nos enteramos de quiénes son Pelé y el último premio Goncourt. Y claro, para que el marido aprecie esta transformación, se lo decimos todo en cuanto llega. Error. Pasado el primer momento de asombro, el hombre da a entender que lo que él quiere es leer el periódico, no que se lo cuenten, y que bastante le fastidia su trabajo para que encima le hablen de él cuando viene a casa.

La buenisima voluntad que pusimos en la esperanza de complacerlo ha resultado inútil. ¿Por qué? Porque no hemos dado con el punto justo. Lo mismo ocurre en lo referente al arreglo personal. "Una mujer debe cuidar su aspecto, vestirse de una manera elegante, maquillarse hábilmente si quiere mantener vivo el interés del esposo", continúan los sabios consejos. Pero si los cumplimos al pie de la letra corremos el riesgo de que se nos tache de coquetas, frívolas y hasta vampiresas, y de que el marido, cuyo interés se quería mantener a todo trance, nos mande a lavarnos la cara y a cambiarnos de traje luego de una escena tempestuosa.

¿Y con la inteligencia? Ahí el asunto es todavía más espinoso. "Conviene que la mujer sea inteligente para comprender y ayudar al hombre. Pero, al mismo tiempo, debe saber disimular su inteligencia de modo que no resulte demasiado espectacular y hiera el amor propio masculino", aseguran los enterados. Y he nos aquí de nuevo a la búsqueda de ese término medio, que está situado entre la tanta Tomasa y madame Curie y que, tal vez, no encontramos ni desplegadas todas las dotes histriónicas de una Sarah Bernhardt.

Está bien que se espere de nosotras dulzura, abnegación, hasta espíritu de sacrificio; pero que sepamos siempre cuándo se debe hablar y cuándo callar, hasta dónde es soso o agresivo un maquillaje, cómo se debe graduar la lizeza y la tontería, que sepamos, en fin, encontrar el punto justo de todas las cosas, es pedir demasiado. Bastante nos ha costado dar con el del almibar —"cuando al echar una gota en un plato mojado..."—, etc., etc.—, para que se nos conceda, en cuanto a los demás, un juicio indulgente.